

y sin lugar a dudas contribuye en la empresa historiográfica que trata de comprender el pasado mediante la actuación de los sujetos y no como el producto de relaciones monocausales que lo explican desde afuera.

Edwin Herrera Avellaneda
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-0690-7573>

ALFREDO SANTILLÁN CORNEJO. *LA CONSTRUCCIÓN IMAGINARIA DEL SUR DE QUITO*.
QUITO: FLACSO ECUADOR, 2019, 247 pp.

DOI: <https://doi.org/10.29078/procesos.v.n54.2021.3063>

El adjetivo *polar* emplea alusiones geográficas para describir relaciones contrapuestas, lo cual resulta particularmente sugerente para la ciudad de Quito, pues ella ejemplifica la *polaridad* en dos sentidos, es decir, geográfica y conceptualmente. En primer lugar, la topografía montañosa de Quito ha concitado un crecimiento históricamente longitudinal, extendiendo los límites de la ciudad desde sus dos polos. Pero se contrapone también de manera simbólica, como lo demuestra Alfredo Santillán Cornejo en su libro *La construcción imaginaria del sur de Quito*. Este estudio se divide en cinco capítulos: los primeros dos introducen la teoría urbana y sus articulaciones en la historia de la ciudad, mientras que los últimos tres discuten los resultados de una extensa investigación sociológica. Si bien no es un estudio histórico, dialoga con la historia cultural y la historia social y urbana, pues los constructos de significación figuran en su explicación de las concepciones urbanas, y el desarrollo social y material contribuye al sentido de segregación. Al final, el libro arguye que la transmutación de la frontera urbana —desde una barrera física hasta una barrera simbólica— sigue dividiendo el norte y el sur de la ciudad y perpetuando sentidos de polaridad sociocultural.

Santillán Cornejo, un profesor investigador en FLACSO Ecuador, no se adentra en las articulaciones de la segregación urbana en Quito desde el comienzo del libro, sino que introduce una exploración teórica de la intersección disciplinaria de la historia, la sociología y la antropología urbana. Su investigación resulta relevante, ya que las tres disciplinas tienen fuertes aplicaciones para el estudio de la ciudad y ayudan a explicar la transmutación de la frontera urbana. De acuerdo con el autor, la materialidad del espacio y sus representaciones están estrechamente entrelazadas; es decir, “la representación del lugar resulta constitutiva de lo que este *es*” (p. 14). Su investigación recurre a los planteamientos de los antropólogos Hiernaux,

Lindón y Girola, quienes introducen el rol del imaginario en la aprehensión y conceptualización de los espacios, y a los argumentos de Armando Silva, autor que reconoce las operaciones psicoanalíticas en la aprehensión de los espacios, donde “el imaginario funda la experiencia de realidad” (p. 20). Este estudio sugiere que la construcción sociocultural de los espacios urbanos y los procesos económicos y políticos no son excluyentes, sino complementarios, pues los primeros “no son ajenos a las relaciones de poder ni a las desigualdades que constituyen la estructuración física de las ciudades” (p. 24). Estas teorías demuestran que la historia de la segregación socioespacial de Quito es un proceso de construcciones recíprocas, y le ayudan al autor a ordenar su investigación e interpretar los resultados del estudio.

El estudio comienza la discusión de la organización espacial de Quito y las percepciones históricas y contemporáneas sobre ella, con un análisis de los desarrollos históricos que han contribuido a formar esas concepciones en el siglo XX. Entre 1940 y 1970, la percepción del menor desarrollo e inversión en el sur de la ciudad reflejaba la realidad. Asimismo, el “Plan regulador” de los años 40 (el primer plan urbanístico técnico en la historia del país) no inventó la segregación entre el norte y el sur de Quito, pero sí la institucionalizó (p. 40). Durante este intervalo, el crecimiento de la ciudad siempre se extendió en las dos direcciones polares, con los grupos élites migrando desde el viejo centro histórico hacia el norte, y los grupos populares expandiéndose hacia el sur. Además, la emergencia de un segundo núcleo urbano en el centro-norte concitó el desarrollo desigual en los servicios urbanos.

El *boom* petrolero de los años 70 causó una explosión poblacional y espacial y, desde entonces, el crecimiento ha resultado más disperso; estos años vieron la gran expansión periférica tanto al norte como al sur. En las siguientes décadas, el Distrito Metropolitano de Quito corrigió muchas de las discrepancias en los servicios entre norte y sur, aunque no logró eliminar la segregación urbana, como bien demostraba el *Atlas Infográfico* (1992), lo cual introdujo otras variables en la delimitación de la segregación. Además, la diferenciación psicológica entre el norte y el sur de Quito había adquirido un fuerte sentido simbólico, que resulta más difícil combatir que la segregación geográfica.

La metodología que utiliza el autor se sostiene en tres técnicas: la encuesta escrita, en la que participaron unas mil personas de las tres zonas de Quito; las conversaciones focales, en las que participaron 19 encuestados; y las entrevistas individuales. En la encuesta, los participantes respondieron a una variedad de preguntas sobre las tres zonas de la ciudad, cuyos temas incluían sus percepciones del espacio (experiencias olfativas, la incidencia de colores, el clima) y sus habitantes (percibido nivel socioeconómico, características, etc.). Santillán Cornejo exhibe los resultados de dicha encuesta en

gráficas que dividen la incidencia de las respuestas según la zona metropolitana en donde residían los encuestados. Los resultados establecen que sí existe una frontera imaginaria entre el norte y el sur de Quito y que “ambos lugares figurativos se definen a través de la contrastación” (p. 113). Asimismo, el concepto binario que sostienen los habitantes de ambos lugares de la ciudad ayuda a reproducir tal imaginario (p. 113).

La investigación de Santillán Cornejo tiene como corolario varias conversaciones focales que complementan y profundizan lo develado en la encuesta. En ellas participaron 19 personas que se dividieron en tres grupos: activistas residentes del sur, residentes generales del sur y exresidentes que se reasentaron en el norte. Los grupos focales participaron en conversaciones guiadas, las transcripciones de las cuales intentan expresar sus reacciones (tanto verbales como corporales) ante comentarios que han escuchado sobre el sur y ante lo discutido en la conversación. Los primeros dos grupos revelan la fuerza de la frontera simbólica entre el norte y el sur, pues se definen más por las asociaciones y actitudes que representan el sur que por sus características espaciales. Si el grupo de exresidentes del sur confirman la percepción de la frontera imaginada, evitan verbalizar las asociaciones negativas del sur que esta a veces refuerza. En todo caso, el patrón emergente que surge a lo largo de las tres conversaciones es el rol diferenciador de la comparación.

La tercera y última parte del estudio —basada en entrevistas individuales— resulta reveladora: las perspectivas de los cinco participantes seleccionados de entre los tres grupos focales matizan los consensos colectivos surgidos en los grupos de discusión. Estas entrevistas resaltan las siguientes temáticas: la identificación con el sur (o norte), ejemplos del menosprecio expresado hacia el sur y respuestas ante ello (especialmente la vergüenza o negación de vivir en ello), y el efecto en la autoestima. Santillán Cornejo afirma que al habitar el sur, los sujetos y su entorno se definen mutuamente, una construcción sumamente evolutiva (p. 166). Entonces, combaten el menosprecio dirigido hacia el espacio y hacia ellos mismos al habitarlo con varias estrategias: el enfrentar, ignorar, negar, abandonar y utilizar. Según el autor, la apología sureña reivindica las cualidades morales y comunitarias del sur ante el orden estigmático; asignan, además, características contrapuestas a los residentes del norte. Así refuerzan la diferenciación expresada simbólicamente.

Este estudio aporta una perspectiva cualitativa, pero sobre todo humana, a la geografía segmentada de la ciudad de Quito. Si bien el estudio que realiza no es una investigación histórica, requiere del análisis en ese sentido para explicar el presente segregado. De esta manera, dialoga con la historia social y la historia urbana, que estudian los sujetos comunes que conforman

y dirigen la sociedad. Ellas también recalcan la parte material y económica de la historia y las dinámicas que estos concitan para el desarrollo societal. En la investigación de Santillán Cornejo, los participantes describen una versión de la ciudad que ya no refleja la realidad objetiva contemporánea; demuestran así la manera en que percepciones sociales y urbanas históricas han durado e intervenido en la interpretación del presente.

Dicha interpretación, además, exhibe un postulado de la historia cultural: la construcción de la realidad a través del lenguaje. Santillán Cornejo analiza lo dicho en las entrevistas del estudio con la misma precaución y perspicacia que utilizan los historiadores con textos históricos. Es decir, en ambos casos, los textos no aportan tanto el material de lo sucedido, sino su interpretación por parte de los sujetos que lo relatan. En la construcción imaginaria, Santillán Cornejo no cuestiona la veracidad histórica de las observaciones hechas en las entrevistas —algo que sí es cuestionable—, sino que indaga qué implican y qué significan estas observaciones para los habitantes de Quito y el desarrollo de la ciudad. El estudio revela que la manera en que los sujetos articulan la realidad colectiva que perciben contribuye a perpetuarla.

Finalmente, cabe preguntar si el estudio de Quito tiene alguna relevancia global para la antropología urbana o la historia de la segregación metropolitana y sus desplazamientos simbólicos. *La construcción imaginaria* demuestra que, en el caso de Quito, como probablemente en otras ciudades, la segregación no necesariamente se disuelve con el desarrollo infraestructural y la igualación del acceso a los servicios, porque una vez internalizadas colectivamente tales concepciones, la sociedad las reproduce. Si bien en Quito las dos zonas separadas geográficamente demuestran este concepto de manera fuertemente visual, es probable que la segregación simbólica se haya presentado en diferentes escalas o patrones en otras ciudades del mundo. La adición de la segregación imaginaria como agente en la reproducción de la segregación urbana es un aporte importante al campo de los estudios urbanos: ayuda a iluminar los procesos que definen el capital simbólico y, con ello, la disputa sociocultural.

Nina Longenecker Fox
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Quito, Ecuador
<https://orcid.org/0000-0002-7114-4939>